

LECCION XI.

*De los que abrazan el protestantismo.*

P. ¿Qué clase de personas son las que se hacen protestantes?

R. La escoria de los bribones y de la gente más desmoralizada de todos los países, presentándose siempre en primera fila, unos cuantos sacerdotes y religiosos apóstatas, sacos de podredumbre y de vicios.

P. ¿Pero qué esto es cierto?

R. Es tan cierto, que los pocos que hasta ahora han dado el ejemplo de apostasía en nuestra patria, ya de ante mano venian siendo calificados por el público como la gente más corrompida. Era el escándalo de las ciudades y de las diócesis á que pertenecian, y una pesada cruz para su obispos y para sus superiores; y despues de haberso cubierto de infamia, se retiraron á países lejanos con alguna mujerzuela, y si no la tenian consigo desde ántes, la han buscado presurosos y se han enlazado con ella, con menosprecio y deshounra de sus votos de perpétua castidad; y por única razon de su infame apostosía, andan pregonando que se vieron obligados á dar ese paso, por la corrupcion de la Iglesia Romana, y por que adquirieron fundamentos para ello en la lectura de la Biblia.

P. ¿Por qué llama usted apóstatas á los que se pasan al protestantismo?

R. Por que voltean la espaldas á la religion cristiana, por más que tengan el descaro de decir, que al abandonar la Iglesia católica, van á vivir una vida de cristianos perfectos, y más perfectos que los catolicos; La realidad es, que abandonan á Jesucristo y á su iglesia, para profesar un evangelio de nuevo cuño, un evangelio incierto y vago, que ellos mismos no saben de-

cir si es de Lutero, de Calvino, de Zwinglio, de Estorquio, ó de cualquier otro de tantos impostores, que se han forjado su evangelio aparte, distintos de los otros. Lo cierto es que no creen en nada.

P. ¿Pero no le parece á vd. que han obrado así por conviccion?

R. Tienen la conviccion de la carne, la conviccion de la mujercilla, y fuera de esto no tienen ninguna otra. Creen en su evangelio lo mismo que vd. pudiera creer en el Alcorán de Mahoma. En virtud de aquella conviccion es por lo que se hacen protestantes, como se hizo turco hace pocos años el general Bem de feliz memoria, con otros compañeros.

P. ¿Y los protestantes saben quiénes son estas florecitas de virtud, que de la Iglesia católica se pasan á militar bajo sus banderas?

R. Lo saben perfectamente. Ellos mismos confiesan que al paso que nosotros tomamos de su gremio la nata, esto es, las personas más sabias, virtuosas y religiosas, las cuales cada dia se convierten al catolicismo, les dejamos las heces, esto es, las personas más cínicas, viciosas y libertinas. Confiesan que cuando el Papa limpia su jardin, echa por sobre las tapias al suelo de ellos, todas las inmundicias y las malas yer-

bas. Confiesan, por último, que toda su recluta la hacen entre los malvados y libertinos.

P. ¿Y á pesar de esto los reciben?

R. No solo los reciben, sino que los llevan en triunfo, como una de sus mejores conquistas y hacen fiestas por ello, ya sea porque no pueden conseguir cosa mejor; ya porque estos apostátas se asemejan mucho á sus padres primitivos como Lutero, Calvino y los demás; ya, finalmente, porque abrigan la esperanza de que otros muchos vengán á imitar semejantes escándalos.

P. Si estos son los cabecillas ¿qué tal será la chusma de los católicos que se vuelven protestantes?

R. Ya lo he dicho. Los deshechos de la sociedad y las inmundicias más asquerosas: esto es lo que pasa á las filas del protestantismo. Toda la gente de mal vivir; los que no tienen ninguna práctica religiosa; los sectarios que han vendido al demonio su alma y su cuerpo; los ateos y los incrédulos que viven como las bestias: estas son las conquistas más preciosas del protestantismo en todas partes.

P. Me parece que está vd. en un error. ¿No son por ventura los progresistas los que se hacen protestantes?

R. Sí, progresistas como los cangregos: progresistas que retroceden más de un siglo. Nada dicen de nuevo, sino que siempre están repitiendo las mismas sandeces, contestadas ya por mil ocasiones, como por ejemplo: que la misa fué inventada por San Gregorio Magno: que la invocacion de los santos fué inventada en el siglo IX, etc., etc. Retroceden tanto, que sin saberlo repiten las doctrinas absurdas de Simon Mago, y las torpes herejías de los Gnósticos y Carpocracianos, que vienen á ser en sustancia las mismas de Lutero y de Calvino y de todos los protestantes. ¿Qué le parece á vd. del tal progreso? Cuando algunos jóvenes libertinos han leído ciertos trozos de Sarpi, de Bianchi-Giovine y de otros por el estilo, se dan cierto aire de triunfo por su saber, andan con la cabeza erguida como los caballos cuando les ponen guarniciones nuevas; en su alta sabiduría ven con ojos de compasivos y veces con ojos de basilisco á los buenos eclesiásticos que encuentran por la calle, como si fueran otros tantos ignorantes oscurantistas; mas no comprenden que ellos son los ignorantes y ridículos con abrazar las estúpidas doctrinas del protestantismo, las cuales las rechazan los protestantes doctos é instruidos, dando así el primer paso para su

convercion al catolicismo, como lo estamos mirando diariamente.

P. ¿Y qué vendrian a ser de uuestra patria si estos hombres llegaran á triunfan?

R. Un campo de guerra civil la más encarnizada; la sangre de los ciudadanos correría por las ciudades y dor los campos; desapareceria todas las intituciones de caridad y de beneficencia cristiana; se pondria en tórtura á los hombres buenos se echarian por tierra tantos hermosos edificios que son ahora el orgullo de nuestra Península y se perpetuarian entrañables odios. Todo esto aconteció por muchos siglos en Alemania, en Holanda, en los países del Norte y en Inglaterra; y basta haber leido un ppo de historia para conocer cuantas desgracias ha ocasionado el protestantismo en los países católicos en que ha querido establecerse. Esto es lo que llegaria á suceder en nuestra patria si alguna vez triunfaran estos hombres anarquicos, incrédulos y ateos practicos que se llaman protestantes.

La experiencia de estos dos últimos años ha venido ha confirmar quanto he dicho á cerca de la paz de la Italia, del buen estado de cosas, de la union de los ánimos, y de tanto, tanto como dicen que nos han traído. De un

extremo á otro de la Península, pueden verse ya las señales de de las profundas discordias de los odios civiles y religiosos, y de las ruinas esparcidas por todas partes; y que á la verdad apenas estamos á los principios. Si este partido llega á prevaleser, entónces se verá todo aquello de que es capaz.